

► 23 Abril, 2021



Carmen Jiménez y Carlos Fernández, primera concejala gitana en el Ayuntamiento de Valladolid y primer procurador de la etnia en Castilla y León. J. M. LOSTAU

«Hacer algo que no se espera de un gitano evidencia que el patrón social es falso»

Carlos Fernández y Carmen Jiménez son diputado en las Cortes por Zamora y concejala en Valladolid

VALLADOLID
Carmen Jiménez, concejala del Ayuntamiento de Valladolid, y Carlos Fernández, diputado en las Cortes por Zamora, son de etnia gitana. «Hacer algo que no se espera

de un gitano evidencia que el patrón es falso», asegura Carlos. «Vi que debía dar un salto y no quedarme sólo en el trabajo de mi comunidad» afirma Carmen. Ambos tienen estudios superiores. **PÁGS. 6 Y 7**



Han pasado más de cuatro décadas desde que Juan de Dios Ramírez Heredia se alzara como el primer político de etnia gitana en España, al conseguir un escaño en el

Congreso de los Diputados, bajo las siglas de la UCD. En Castilla y León esta minoría social no ha estado representada en el parlamento hasta la toma de posesión

CARLOS FERNÁNDEZ / DIPUTADO EN LAS CORTES POR ZAMORA

«Hacer algo que no se espera de un gitano evidencia que el patrón social es falso»

Graduado en Historia del Arte y comprometido con la «igualdad real», este joven con vocación política ya prepara propuestas de inclusión

LAURA G. ESTRADA VALLADOLID
La etiqueta de 'ser el primer gitano' de Zamora que, por ejemplo, se ha licenciado en la universidad, o ser 'de los primeros que', en este caso, se ha decantado por la ópera, le ha abierto las puertas de la política, su pasión desde adolescente. «Me considero una persona muy afortunada y soy consciente de que estoy viviendo una idealidad; es un privilegio estar haciendo lo que me gusta», reflexiona Carlos Fernández Herrera (Zamora, 1996) tras colocarse ahora el galón de 'primer procurador de etnia gitana de las Cortes Castilla y León' por el Partido Socialista.

Por si fuera poco, a sus 24 años ha desbancado a la popular Noemí Rojo en el título de ser el más joven del parlamento. «Ahora soy el niño de las Cortes», bromea, «pero la gente entiende que aquí soy la representación de los gitanos; tengo la responsabilidad de representar a la minoría más grande de España y para mí es una responsabilidad y un honor».

Apenas lleva unos meses en el cargo, pues no accedió a su escaño al inicio de la legislatura, sino el pasado noviembre, cuando su compañera Inmaculada García renunció al cargo. Entonces él, que en las autonómicas iba como número cuatro de la formación por la provincia de Zamora, entró al hemiciclo para hacer historia, dispuesto a dejar huella en la reivindicación de «la causa gitana», es decir, con el objetivo de lograr «la igualdad efectiva y real y acabar con el antigitanismo».

Si fuera por cuota de población, reflexiona, hace tiempo que una persona de la comunidad calé tenía que haber accedido al parlamento de Castilla y León, «pero no se trata de eso». Si hasta ahora ningún gitano había prometido su cargo en esta institución, responde a que la política se percibía como algo «ajeno».

«Si no ha habido más casos es porque se veía como algo que no repercutía en la población gitana. Es ahora, con la llegada de referentes al Congreso, a sedes autonómicas o a ayuntamientos, cuando se empieza a sentir como algo más propio». Hay más conciencia, añade, de que se hacían leyes para la población gitana

sin que ellos participaran en su confección. «Si falta el matiz de una persona de dentro, las medidas serán menos efectivas».

Esta premisa, unida a que «cada vez hay más gitanos con estudios superiores» y a la consideración de que se está produciendo un cambio de mentalidad en relación al «respeto por la multiculturalidad» en el resto de la población, han allanado el camino para conseguir un sillón, aunque Carlos considera que «todavía queda mucho» en materia de discriminación y de igualdad. «Todo el mundo es muy *progre* hasta que se habla de gitanos», reflexiona.

Él, con su ejemplo, ya ha desdibujado algunos clichés. Dentro y fuera. Recuerda cuando de niño se preguntaba si era peor gitano por estudiar, cuando en su entorno no lo habían hecho. Hasta que se dio cuenta de que había muchos mitos. «Me fui dando cuenta de que al salirme del patrón social que se espera de un gitano, no me hacía menos gitano. Lo que evidencia al hacer algo que no se espera de un gitano es que el patrón social es falso».

Por eso se afana en la preparación de iniciativas relacionadas con la inclusión y la discriminación de su pueblo a fin de *elevantar* su voz en la comisión de Familia e Igualdad de Oportunidades de la que forma parte. Eso sí, como buen investigador, prefiere documentarse y no desvelar más detalles antes de cargarse de argumentos.

También participa en la comisión de Cultura y Turismo, donde centrará sus esfuerzos en proteger la riqueza patrimonial de la comunidad porque considera que «le hace falta más promoción». La de Sanidad, puesto que no está relacionada con su formación académica, es la que le impone más respeto.

Tiempo al tiempo, aunque lo cierto es que la mitad de la legislatura ya está prácticamente consumida. En todo caso, él abre la puerta a continuar en la próxima —«a día de hoy estaría encantado de ir en las listas»— con el pie cerca del pedal de freno —«con el mayor respeto del mundo seguiré apoyando al partido aunque no cuenten conmigo porque

sé que nadie es imprescindible»—.

Tiene margen suficiente para supervisar los primeros pasos del 'Programa de Actuaciones Estratégicas con la Población Gitana' que la consejera de Familia e Igualdad de Oportunidades presentó el pasado 7 de abril —un día antes del día Internacional del Pueblo Gitano—, y del que criticó se presente sin una memoria económica; así como para vigilar que el lenguaje empleado al hablar de su comunidad sea

«tremendamente» escrupuloso. El ejemplo es claro: «No es lo mismo inclusión que integración; hay que incluir a la población gitana, no integrarla, porque si la integras le quitas lo que le hace diferente».

Con la incertidumbre de saber hasta dónde y hasta cuándo podrá plasmar sus aportaciones, de momento se queda con la experiencia de haber estado presente en la primera moción de censura en Castilla y León, como un acontecimiento que

Carlos Fernández, primer procurador gitano de Castilla y León y Carmen Jiménez, primera concejala de la etnia en el Ayuntamiento de Valladolid. J.M. LOSTAU



pasará a la historia. Si se veía como consejero es apuntar muy alto. «Uy no, por favor, en ningún caso; sólo tengo 24 años y me quedan muchas cosas por aprender», enfatiza.

A pesar del revés de no gobernar aunque su partido ganara las últimas autonómicas y del fallido intento de desbancar al Partido Popular

de la presidencia, dice no sentirse decepcionado por la política. O al menos, no con las siglas que le arropan porque cree en su proyecto para la comunidad. Respecto al PP, a tenor de «lo visto y lo vivido» aquí y en Murcia y «de la manera de actuar» de la «estructura de poder», los considera «casi una mafia».

«Me han enseñado a esforzarme; a currarme lo que me gusta»

L.G.E. VALLADOLID

El esfuerzo por conseguir los retos que se proponía es uno de los valores que a Carlos le enseñaron en su casa. Por ejemplo de pequeño, mientras sus compañeros de clase descansaban los fines de semana, él tenía que ir al mercadillo con sus padres y su hermana a atender el puesto de lencería. Cuando en Secundaria sus amigos empezaron a quedar, él sabía que los sábados y los domingos por la mañana no podía. «Sólo libraba cuando tenía que prepararme los exámenes». Tampoco en verano tenía tantos días libres como otros chicos de su edad y cuando llegó a la Universidad no se podía «permitir el lujo» de suspender porque sin beca no podría continuar.

«Mis padres me han enseñado a ver la vida desde otro punto de vista; a esforzarme y a currarme lo que me gusta», destaca como una de las cualidades que le han permitido alcanzar sus metas. En lo académi-

co, explica que se convirtió «en el primer gitano de Zamora con carrera» —estudió Historia del Arte en la Universidad de Salamanca—; entre sus aficiones destaca su pasión por la ópera y da clases de canto en el conservatorio; y, en lo profesional, aspira a dar clase en la universidad cuando finalice la tesis, sin dejar a un lado una pasión política que no oculta. «A mi el PSOE me duele», dice.

Esa pasión le llevó a afiliarse a las Juventudes Socialistas cuando tenía 16 años y a afiliarse a la formación cuando cumplió la mayoría de edad, a pesar de que en su casa no se hablaba de política. «Yo veía a Rubalcaba y pensaba: 'Qué persona más trascendente'. O a Zapatero, Pepe Blanco, Carme Chacón... Veía perfiles muy potentes que hicieron mella en este país y yo les admiraba».

Por eso, aprovechando que tenía la mañana libre en una excursión del instituto a Madrid, se puso en contacto por Facebook con la vicesecretaria general del PSOE, Elena Valenciano, para ver si le podía enseñar la sede de Ferraz. Y allí se plantó, «como un adolescente con intereses políticos». Tres años después fue de número once en las listas de Zamora, recuerda, y comenzó un *ascenso* político que le ha llevado hasta las Cortes de Castilla y León.



de Carlos Fernández el pasado mes de noviembre, mientras en el Ayuntamiento de Valladolid, Carmen Jiménez se convirtió hace dos años en la primera

concejala calé. Ambos tienen estudios superiores, representan al Partido Socialista y con su llegada a un cargo público simbolizan la ruptura de estereotipos.



CARMEN JIMÉNEZ / CONCEJALA DEL AYUNTAMIENTO DE VALLADOLID

«Vi que debía dar un salto y no quedarme sólo en el trabajo con mi comunidad»

Después de licenciarse en Derecho y de ser la primera edil de su etnia en la capital, cree que se ha convertido en «referente de dos mundos»

LAURA G. ESTRADA VALLADOLID
Adentrarse en la vida política nunca estuvo entre las metas de Carmen Jiménez Borja (Medina de Rioseco, 1989), la inconformista gitana comprometida con la igualdad de derechos sociales que se convirtió en la primera mujer de su etnia en licenciarse en Derecho por la Universidad de Valladolid y que después entró a formar parte de la historia municipal al prometer su cargo como primera edil de la comunidad calé.

Jamás se había despertado en ella el interés político, reconoce, hasta que la concejala de Servicios Sociales, Rafaela Romero, le dijo que Oscar Puente quería contar con ella en el equipo que estaba formando para las siguientes elecciones, las de 2019. En aquel momento trabajaba como técnico de igualdad en el servicio de atención a víctimas de discriminación racial y la propuesta le pilló por «sorpresa». Ante el «miedo por lo desconocido» recurrió a su comunidad, como un oráculo donde aclarar sus inseguridades.

No hay duda del apoyo que obtuvo, pues Carmen lleva casi dos años ocupando un asiento en el salón de plenos del Ayuntamiento de la capital bajo las siglas socialistas. «Me dijeron que ya era hora de que alguien de mi comunidad formara parte de los partidos y que sería un orgullo; entonces vi que debía dar un salto en mi trayectoria y no quedarme sólo en el trabajo con mi comunidad, sino abrirme a la lucha que había soñado desde pequeña», recuerda ahora, como responsable del área Convivencia y Mediación Comunitaria.

Al igual que su compañera en el Congreso de los Diputados Beatriz Carrillo, Carmen considera que la política es un altavoz para acabar con los estereotipos y prejuicios hacia su pueblo. Por eso tuvo claro que ese paso al frente que daba «con ilusión» estaba destinado a derribar muros.

«Me convertí en referente de dos mundos, para que desde fuera no vieran a la típica gitana que sólo se dedica a las labores domésticas y para que las gitanas vieran que los sueños se pueden cumplir y nadie tiene por qué limitarlos», explica tras resumir su vida y poner en evidencia

que, en verdad, se ha pasado toda su existencia rompiendo barreras.

Desde que se encerrara en su habitación a hacer los deberes del colegio porque no quería pasar vergüenza si no los llevaba al día siguiente. Desde que pisara el instituto pese a las reticencias de algunos familiares. Desde que consiguiera superar las dudas de adolescencia, cuando se sentía «diferente» entre sus amigas gitanas y «diferente» entre sus amigas payas —«como si no acabara de encajar», recuerda—. Desde que en la carrera les aclarara a sus compañeros que sí, que era «gitana, gitana, de padre y madre».

«Lo que más me dolía es que pensar que era diferente porque no lo soy. Si me ven diferente es porque la imagen que tiene la gente sobre la sociedad gitana está desvirtuada», reflexiona acerca de los estereotipos que ha tenido que sacudirse en su vida.

A todos los hitos que había escalado se sumó recientemente el de ser la primera gitana en acceder a un escaño en Valladolid pese a que hace más de cuatro décadas que Juan de Dios Ramírez Heredia traspasara las puertas del Congreso. Por qué las réplicas han tardado tanto en llegar a Castilla y León responde, a su juicio, a una «falta de conocimiento» sobre la cultura de la minoría étnica mayoritaria en España.

«Llevamos aquí más de cinco siglos pero ha sido ahora cuando ha habido una revolución. Sobre todo desde que en 2011 la Comisión Europea aprobara una estrategia sobre la inclusión de la población gitana. Así que las acciones se han puesto en marcha muy tarde».

Queda, sin embargo, mucho trabajo por delante. Ejecutar lo que se recoge en los papeles. Y la labor no es sencilla porque los prejuicios siguen ahí y es difícil erradicarlos. Una muestra es que en buena parte de la ciudad a la que representa a nivel político, la rehabilitación del 29 de Octubre o Las Viudas-Aramburu, las actuaciones se resumen en una frase lapidaria: «Encima de ser gitanos les arreglan la vivienda».

En primer lugar, aclara se trata de dos barrios sumidos en una situación de «pobreza extrema» en com-

paración con otros entornos donde también viven gitanos pero de nuevo se mete a todos en el mismo saco, sin tener en cuenta que trata de población heterogénea. En segundo lugar, porque no se trata solamente de la reforma de los edificios, sino que el plan se acompañará de programas de mediación comunitaria, igualdad de derechos y obligaciones, educación o cultura.

Y con lo que cuesta avanzar un paso, Carmen critica que de repente se retroceden tres cuando las autoridades públicas lanzan mensajes como el de la consejera de Familia, cuando vinculó la Renta Garantizada de la Ciudadanía a la lucha contra el absentismo escolar. «Sus declaraciones han generado pánico y han hecho mucho daño porque ha reforzado la estigmatización. Tampoco ayuda decir que las mujeres abandonan los estudios por ser madres; eso es machismo y racismo, pues los niños no abandonan por ser padres».

El discurso de Carmen en defensa de la igualdad de derechos, oportunidades y obligaciones es rotundo. Gracias a su presencia en el Ayuntamiento ha conseguido que por primera vez cuatro asociaciones gitanas participen en un pleno municipal y «se sientan partícipes» de la sociedad. También ha logrado que todas las formaciones, excepto Vox, votaran a favor de una moción en reconocimiento por el Día Internacional del Pueblo Gitano.

Eso sí, considera que le queda mucho recorrido por delante. Y aunque no sabe si continuará como concejala en la siguiente legislatura, reconoce que le gustaría continuar para poder dejar su huella en la atención a los colectivos vulnerables.

A pesar de que pueda parecer que su voz suena de forma tímida en el equipo de gobierno o que no se prodiga en apariciones públicas, aclara que al aceptar el reto de la política pidió un margen de acomodo mientras aprendía los entresijos de su nueva responsabilidad. Ahora, en el ecuador de la legislatura se siente «segura y confiada». Su mensaje es claro: «Tengo muchísimo que aportar y no sólo por ser gitana».

«Sabía desde pequeña que quería estudiar para cambiar el mundo»

L.G.E. VALLADOLID

Un sentimiento de «frustración» invadía a Carmen cuando, de pequeña, observaba la diferencia de trato que sus padres tenían hacia sus tres hijas respecto a los dos niños varones, por ejemplo con las «labores de casa». No había una igualdad en el reparto de tareas y ella «criticaba» esa situación de injusticia mientras sus hermanas «lo normalizaban».

Esa misma sensación de indignación la estremecía cuando se percataba del trato de exclusión que sufría su comunidad «a la hora de acceder a una vivienda o un empleo». Le dolía escuchar en la calle que los gitanos son unos vagos que no quieren trabajar o estudiar, desde la lejanía de un estereotipo.

Dispuesta a «luchar contra la discriminación» en cualquiera de sus variantes, por motivos étnicos

o de género, la riosecana se fijó como objetivo cursar la carrera de Derecho. «Sabía desde pequeña que quería estudiar para cambiar el mundo». Y no se ha distanciado de su meta a pesar de las dificultades que ha tenido que sortear.

Las primeras, en el seno de su propia familia. Porque para una gitana no es fácil matricularse en estudios superiores. Sin embargo, Carmen contaba con el respaldo directo de su padre y de su abuelo —así como con el acompañamiento de su madre— y, cuando sus tíos cuestionaron que continuara en el instituto más allá de la etapa obligatoria, se abrió el debate entre los dos bandos. «Mi abuelo dijo que teníamos mucho que cambiar en la sociedad gitana y también que teníamos mucho que aportar; que si valía para estudiar, tirara para adelante, y uno de nuestros valores es el respeto a lo que diga el más mayor», aclara sobre cómo se resolvió la controversia.

Eso sí, tiene claro que si su abuelo se hubiera inclinado hacia la negativa, su padre habría salido en su defensa y ella misma no se hubiera «quedado callada». «Soy una chica muy cabezota y lo que me propongo lo tengo que conseguir», sentencia.